

COLUMNA DE OPINIÓN

Anthony Lake, Director Ejecutivo de UNICEF

Nueva York, 20 de setiembre de 2010

Durante décadas, hemos aceptado el hecho de que un bebé nacido en una comunidad o un país rico tiene probabilidades mucho mayores de disfrutar de una vida más larga y saludable que uno que nace en la pobreza. Pese a nuestros esfuerzos por construir un futuro mejor para *todos* los niños y niñas, esta inequidad se nos presenta a muchos de quienes integramos la comunidad internacional de ayuda como una dura realidad casi imposible de revertir.

Consideremos, por ejemplo, todas las desventajas que tienen los niños nacidos en los países más pobres. De cada diez niños nacidos en África subsahariana, uno o dos morirán por causas tan fáciles de prevenir como una picadura de mosquito. Cerca de cuatro sufrirán el irreversible retraso del crecimiento provocado por la desnutrición. Tres nunca asistirán a la escuela ni un solo día. Y en lugar de vivir un promedio de 80 años, como en los países industrializados, su expectativa de vida se reducirá a unos 50 años.

Hace un decenio, el mundo acordó ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM) a fin de mejorar estas cifras terribles para 2015. Hemos avanzado. Sin embargo, en muchos ámbitos, un examen profundo de las cifras nos muestra que, junto con el progreso, ha crecido la disparidad entre los más y los menos desfavorecidos: en materia de mortalidad infantil, más de un 10% en algunos casos.

Esta semana, jefes de Estado y de gobierno de todo el mundo se reunirán en la sede de las Naciones Unidas para revisar los ODM. La pregunta es: ¿podemos alcanzar esas metas más rápido?

Podemos; no sólo invirtiendo más dinero, sino invirtiéndolo con más eficiencia.

Esta es la conclusión de “Reducir las brechas para cumplir los objetivos” (Narrowing the Gaps to Meet the Goals), el nuevo estudio que UNICEF publicó la semana pasada.

Cuidadosamente investigado y revisado, “Reducir las brechas” ofrece no sólo un nuevo análisis, sino también un nuevo enfoque. El estudio cuestiona la

COLUMNA DE OPINIÓN

creencia común de que se salvan más vidas en los países pobres centrándose en las personas más fáciles de alcanzar, y sostiene que poner a los más pobres primero en la lista está bien en teoría, pero mal en la práctica.

Los resultados logrados por UNICEF demuestran que, en su trabajo, la teoría y la práctica están estrechamente relacionadas. Un enfoque de “equidad” (dirigido a los más desfavorecidos) salvará *más* niños por cada dólar que se invierta.

¿Por qué? En parte porque hemos aprendido mucho sobre salud desde el año 2000; por ejemplo, que una buena nutrición en los primeros dos años de vida puede evitar el retraso del crecimiento que afecta a casi 200 millones de niños y niñas del mundo en desarrollo. Y en parte porque las nuevas tecnologías, como los teléfonos celulares, nos permiten comunicarnos con los pueblos más aislados del planeta.

Esta combinación significa que ahora podemos ayudar a los pobres de manera más eficiente con soluciones sencillas. Para los cientos de miles de mujeres que mueren cada año durante el embarazo y el parto, en general porque dan a luz sin asistencia especializada, podemos capacitar profesionales no médicos para que puedan realizar cesáreas. Para los 850.000 niños y niñas que mueren cada año de malaria, podemos proporcionar mosquiteros que reduzcan esa mortandad en un 20%.

El enfoque en la equidad no significa abandonar los valiosos proyectos en curso, sino desarrollarlos. Y el modelo del estudio de UNICEF demuestra que si desarrollamos esos proyectos centrando nuestros esfuerzos futuros en las zonas más pobres, alcanzaremos muy buenos resultados.

Para 2015, por ejemplo, cada millón de dólares que los países más pobres deriven hacia el nuevo enfoque salvará cerca de un 60% adicional de niños cada año.

Naturalmente, un estudio no es la última palabra en una cuestión tan compleja. No obstante, la exhaustividad de los datos de UNICEF convierten a este estudio en mucho más que un primer paso.

En especial, porque los investigadores de UNICEF se cuidaron bien de evitar sus propios prejuicios y trabajaron con prestigiosos consultores externos.

COLUMNA DE OPINIÓN

En una reciente jornada de revisión del estudio, estos consultores apoyaron con entusiasmo nuestro trabajo.

En UNICEF estamos todos algo asombrados, porque lo que es correcto en teoría resulta ser lo correcto en la práctica. Mientras el mundo en desarrollo necesita desesperadamente más fondos para la atención de la salud, este enfoque ofrece más atención de la salud con los mismos fondos de que disponemos. Las consecuencias políticas de nuestros hallazgos ofrecen una oportunidad nueva y sostenible de salvar y ayudar a muchos más niños.

Sin embargo, no podemos conformarnos con la mera existencia de esa oportunidad: debemos aprovecharla.

En UNICEF ya comenzamos a avanzar hacia donde nos dirigen los hechos. Vemos resultados en cosas simples: una gota de vacuna contra la polio que cae sobre la lengua de un niño en Tajikistán, donde ayudamos a evitar una epidemia; una madre de Sudán que llena un recipiente con agua limpia extraída del nuevo pozo perforado en su aldea; una niña en clase en Afganistán, donde sólo el 40% de las niñas asisten alguna vez a la escuela primaria.

Para los últimos cinco años de una misión establecida con tanta esperanza y llevada adelante con tanta dedicación, exhortamos a nuestros asociados que se reunirán en la Cumbre de las Naciones Unidas a ayudar a la mayor cantidad posible de niños centrándose en aquellos que más lo necesitan.

Y exhortamos a los lectores a reconocer que el destino de esos niños está ligado al destino de nuestros propios hijos. Si queremos crear un mundo mejor para todos nuestros niños, sin importar dónde hayan nacido, debemos reducir las disparidades. Este nuevo estudio ofrece una visión audaz de un mundo en el que la pobreza ya no tiene que ser una sentencia de muerte para ningún niño.